

# INTEGRACIÓN CULTURAL: MÁS ALLÁ DE LA INTEGRACIÓN ECONÓMICA Y POLÍTICA

ESTHER MONTALVO VÁSQUEZ<sup>131</sup>

## RESUMEN

El presente artículo analiza el aspecto cultural de la integración, dejando en evidencia que debe constituir un factor primordial en los proyectos de cooperación e integración de América Latina. Esto se debe a que en la actualidad, el centro de gravedad se ha desplazado de lo económico a lo político, llegando a un punto en que esta evolución desemboca en lo cultural. Sin duda, la cultura permite potenciar el conocimiento mutuo entre los países de la región, al fortalecer la identidad común que nos abraza y permitir el respeto de nuestras diferencias para avanzar juntos hacia una misma dirección.

La finalidad de este artículo consiste, por tanto, en profundizar en la importancia del factor cultural más allá del ámbito meramente declarativo para ahondar en una sensibilidad común. Este análisis se deduce de particular interés si consideramos que los prejuicios predominan claramente sobre otras formas de percepción, haciendo urgente la necesidad de trabajar en el conocimiento mutuo. En este sentido, un aspecto destacado se observa en las iniciativas de intercambio académico.

*Palabras claves: integración, cultura, América Latina, conocimiento.*

## ABSTRACT

This article analyzes the cultural spectrum of integration, evidencing its significance in cooperation and integration projects throughout Latin America. As of late, critical topics have gravitated from an economic to a political perspective, evolving towards cultural trends. Culture undoubtedly provides a platform for mutual understanding between countries in the region, strengthening a common identity that envelops us and ensures respect of our differences in order to move forward in unison.

The aim of this article is to further analyze the importance of cultural factors beyond simple declarative statements, so as to find a uniting common ground. This analysis is particularly useful if we consider that prejudice clearly dominates over other forms of perception, stressing the importance of working towards mutual knowledge. In this regard, academic exchange initiatives are particularly important.

*Key words: integration, culture, Latin America, knowledge.*

## Evolución del concepto de integración

El proyecto de integración latinoamericano se ha ido articulando en torno a tres temas fundamentales: el económico, el político y el cultural. Si bien esta sistematización tripartita es convencional, es pertinente destacar que dentro de este convencionalismo, la concepción de integración ha evolucionado con el correr de los años. Actualmente, el término integración tiene una gran variabilidad semántica y diversas acepciones, lo que lleva a una cierta confusión dado que comúnmente se usa en distintos

---

<sup>131</sup> Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Diplomado en "Especialización en Español como Lengua Extranjera" de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Mejor alumna promoción 2009-2010 de la Academia Diplomática de Chile "Andrés Bello". Alumna de intercambio 2011 con el Instituto del Servicio Exterior de la Nación, de Argentina.

sentidos y muchas veces su significado queda implícito sin una definición previa. En general, este concepto se suele identificar con el establecimiento de vínculos y lazos de diversa índole, entiéndase económicos-sociales-políticos, que sirven para la unión entre los pueblos y las naciones. La realidad más evidente, no obstante, reduce este concepto para nuestro continente a vinculaciones concernientes principalmente a la esfera comercial. Y en la actualidad, la óptica económica predomina en la praxis integracionista de América Latina (Alegrett, 1990, p.295-335).

Hoy en día, en la mayoría de los casos los acuerdos tienen como finalidad eliminar las barreras proteccionistas que se producen entre los países miembros, privilegiándolos frente a los mismos bienes y servicios producidos por países que no suscriben dichos acuerdos (Getino, 1997). En esta lógica económica, la integración de los diversos mercados nacionales intenta lograr ventajas económicas para los países y sus industrias a través de la ampliación de sus mercados, al generar economías de escala que promueven un aumento en las expectativas de inversión nacional y extranjera, mayores posibilidades de incorporación de nuevas técnicas y un creciente flujo recíproco de personas, capital, información y tecnología entre las empresas y los países (CEPAL, 1994, p.10). Asimismo, la formación de mercados regionales constituye una estrategia útil para poder enfrentar en conjunto los efectos desfavorables de la globalización.

En este sentido, no es de sorprender que los mecanismos de integración más recurrentes en la región resuman su éxito relativo en función del libre comercio, las temáticas arancelarias o la integración de los mercados. Si bien lo anterior es absolutamente lícito, el debate se centra en una perspectiva que pugna con los reduccionismos de orden económico y político (Recondo, 1989, p.36-52). En este contexto, numerosas voces se han alzado en forma progresiva para criticar el abuso de la concepción economicista que hoy evidencian las políticas integradoras en América Latina. Y cada día es más evidente que un verdadero sistema de integración ha de enfatizar no sólo el crecimiento económico sino el bienestar de la gente desde un enfoque amplio.

Es por ello que resulta fundamental reformular la idea de integración más allá del aspecto económico, entendiéndola como una definición amplia dependiente de múltiples factores. Esto debido a que los acuerdos únicamente económicos no tendrían la capacidad de prolongarse en el tiempo, pues los intereses económicos tienden a segmentar y dividir, por lo que para que exista una verdadera integración deben fortalecerse los lazos interculturales (Recondo, 1997). Esta articulación con lo cultural permite implementar con éxito estrategias conjuntas sobre la base de una identidad compartida. Es más, la misma actividad económica resulta más eficiente si existe una fuerte identidad común que contribuya al equilibrio de las asociaciones, haciendo poco probable los desajustes del poder o los apetitos de dominación de unos sobre otros.

Distintos economistas reconocen que o bien el desarrollo es total o no es tal y que no es una metáfora hablar de desarrollo cultural: este desarrollo es parte integrante y dimensión propia del desarrollo total (Herrera, 1983, p.17). Por lo que cada vez es más frecuente la presencia del condicionante cultural en la consideración de incentivos para fortalecer el desarrollo económico y social de América Latina. Sin embargo, no se trata de adicionar la cultura a la integración comercial o política sino de considerarla como el fundamento sobre el cual pueden fructificar los planes integradores (Campo, 1998).

Es preciso subrayar que esto no significa desconocer todos los esfuerzos orientados a lograr una mayor integración, sino que hacer notar que el aspecto cultural parece seguir relegado al ámbito más bien declarativo. Esta situación es importante *per se* si consideramos que este aspecto constituye un elemento invaluable para potenciar el desarrollo de nuestros pueblos dado que incide en todo el proceso de integración. Es la cultura como elemento aglutinador la que infunde su espíritu a la integración de las naciones, integración que es preciso que sea primero cultural, después política y por último económica; es la cultura como una manera de vivir, como autoconciencia de la sociedad, la que puede proporcionar y poner en marcha para siempre el verdadero desarrollo integral a través de su herramienta privilegiada: la integración de los pueblos (Radl, 2000, p.28).

Al aceptar que el desarrollo no es medible sólo en términos de crecimiento económico, el contexto actual nos obliga a realizar un examen más exhaustivo respecto de este tema. En esta coyuntura, la cultura hoy surge como nueva perspectiva de análisis y factor decisivo de los proyectos integracionistas,

en tanto opera como una mediadora simbólica que ordena y disciplina el cuerpo social, constituyendo un instrumento de cohesión (Dahse, 1991, p.9-22).

A simple vista para algunos podría parecer extemporáneo, y hasta irreverente, hablar de cultura y a la postre de integración cultural. Pero sólo una antigua concepción de la cultura como mera erudición, refinamiento y privilegio de las elites justificaría ese juicio. Por el contrario, la cultura entendida como la interacción de todas las criaturas humanas con su entorno, como la manera de vivir de los pueblos, exige su presencia protagónica para considerar los problemas de la sociedad global, porque le pertenece y porque la cultura es también la autoconciencia de la sociedad (Recondo, 1989, p.49).

### La cultura como noción central

El concepto de cultura puede tener numerosas acepciones. Sin embargo, distintos filósofos, pensadores y sociólogos convergen en señalar que la cultura corresponde al conjunto de valores, costumbres, creencias y prácticas que constituyen la forma de vida de un grupo específico (Eagleton, 2001, p.58). Noción que también considera dentro de lo intelectual a la ciencia, arte, literatura y música (Warren, 2002, p. 9). Otros autores adicionan elementos de naturaleza cognitiva y afectiva que afectan a la persona; su identidad, conductas y juicios, tanto en relación a sí misma como en relación a la interacción con la naturaleza y las otras personas, más allá de los factores visibles como pueden ser la lengua, el origen geográfico, la etnicidad, u otros.

Al respecto, la definición más extendida de cultura fue formulada por Octavio Paz que, según decía, abarca desde la poesía hasta la manera de enterrar a los muertos, los ritos, las danzas, la ciencia o la política. Es decir, es aquella dimensión que se comparte: apunta a la sociabilidad, a reconocerse en valores y aspiraciones. O citando a Julio Hernández (2004); todo lo que es socialmente aprendido y compartido por los miembros de una sociedad (Hernández, 2004, p. 28). Inclusive el Premio Nobel de Economía, Amartya Kumar Sen, advierte que la cultura debe ser considerada en grande, no como un simple medio para alcanzar ciertos fines, sino como su misma base social.

Ahora bien, si nos proyectamos a esferas cada vez más amplias, numerosos son los elementos compartidos por quienes habitan una misma zona, una misma nación e incluso una región que posee rasgos similares. Es por este motivo, que el accionar cultural en América Latina debe proyectarse en diversos planos que van desde la región en su conjunto, hasta pequeñas o aisladas comunidades (Herrera, 1983, p.20). Accionar que debe entenderse como una noción dinámica que se estructura y se reformula en el tiempo, y constituye el requisito previo a la integración política o económica. Así entendida, la dimensión cultural constituye un factor decisivo de la integración, la cual debería asumirse como un proceso encaminado al desarrollo global de sus miembros (Radl, 2000, p.27).

Al hacer referencia al entramado cultural es apropiado considerar la trama simbólica que resulta de una serie de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones privadas y los diferentes grupos de acción cultural con el fin de promover y orientar el desarrollo así como su injerencia en la sociedad. En este sentido es necesario tener presente que el desarrollo es en sí un concepto cultural que exige el abandono de su perfil monolítico. Ambos conceptos, cultura y desarrollo, al estar inscritos en procesos históricos, están sujetos a su propias redefiniciones. Y además, a contextos específicos y diferenciados que obligan a pluralizarlos, particularmente en nuestra región (Sosnowski, 1999, p.4).

A fin de cuentas, la cultura misma es un extendido, finísimo y eficaz mecanismo de producción y reproducción del orden social que opera, de maneras más o menos visibles, a través de clasificaciones, límites y jerarquías simbólicas, dice José Joaquín Brunner (Brunner, 2005). Por lo cual, los esfuerzos de integración en nuestro continente no pueden enfocarse sólo como respuestas a las aparentes necesidades sectoriales de la sociedad o del hombre, sino que deben ser parte integrante de la realidad nacional y continental.

Resulta cada vez más evidente, por tanto, que avanzamos hacia formas de integración de raigambre social, dado que la alicaída euforia neoliberal ha contribuido a que hoy sea más frecuente decir que el desarrollo no debe permanecer circunscrito a la esfera únicamente económica. El verdadero desarrollo es aquel que coloca al hombre en el centro de este proceso y le otorga la posibilidad de

acceder a una existencia plena. En estos términos, el factor cultural juega un papel destacado, ya que un modelo exitoso de desarrollo es aquel que se adapta a las características particulares de las distintas sociedades, tales como sus necesidades, expectativas, instituciones e historia. Es en este esquema, que la integración regional constituye una herramienta que podría contribuir al desarrollo (Radl, 2000).

Claro está que en la actualidad los sectores políticos están comenzando a percibir que existen mayores posibilidades de avanzar con éxito si simultáneamente se tiene en cuenta la perspectiva cultural. No obstante, es fundamental que esta noción sea la aglutinadora de todo tipo de convenios, acuerdos o pactos tendientes a la unión de los países del continente y no sólo parte de la retórica de numerosos discursos o enunciados. Y es esencial que sea asimilada como fundamento de la política para que los intercambios no fracasen en un mundo en el que, más allá de la globalización, las culturas siguen teniendo y defendiendo sus particularidades.

En este sentido, es necesario un diálogo que fomente un mejor conocimiento de nosotros mismos entendiendo los matices diferenciales y las especialidades que caracterizan a cada uno de los países del continente, dado que la integración regional no necesariamente supone subordinación o hegemonía, sino que debe entenderse como un proceso multidimensional donde esté presente la búsqueda armónica de la unidad en la diversidad (Lombano, 2000). Por lo tanto, hacemos referencia a una sociabilidad que implica no sólo el reconocimiento de quien es similar, sino que impone la tolerancia y el derecho de los otros a ser diferentes (Sosnowski, 1999, p.1).

De esta manera, es posible intuir que el conocimiento de nuestras semejanzas y particularidades culturales, así como una educación que resalte los valores comunes y destinos compartidos entre las naciones de la región, podrá impulsar un verdadero sistema de integración que con el transcurso del tiempo permita alcanzar con éxito el proceso integrador general.

### La esencia de la integración cultural

Existen numerosos vínculos espirituales entre nuestros pueblos, tendidos hoy y en el pasado. Y la cultura en este sentido se puede concebir como el nutriente que fecunda esta identidad compartida e impulsa nuestra autoconciencia de sociedad al abrazar aquellos lazos que nos unen en una base de respeto. Es por este motivo que un análisis propicio nos obliga a poner mayor acento en esta dimensión, dado que la problemática de la integración de nuestros países se centra en la armonización de las respectivas identidades nacionales (Recondo, 1989, p. 51).

Es un hecho que América Latina tiene una perspectiva histórica, política, económica y social que tiende a expresarse en un sentir latinoamericano. Y si algo caracteriza a la filosofía del continente es su preocupación por captar la llamada esencia de lo americano, escribió Leopoldo Zea. Compartimos, sin duda, una identidad latinoamericana basada en la reivindicación de lo propio o lo autóctono (Devés, 2000, p. 97). No obstante el territorio, la lengua, la historia compartida, las tradiciones comunes y una misma religión, así como el inconsciente colectivo, podemos hablar de una unidad regional conformada por repúblicas autónomas.

El objetivo de la integración, comprendida en este contexto, tendría como propósito fortalecer esta consciencia que persigue profundizar los rasgos similares que comparten nuestros pueblos y, en la medida de su logro, incrementar las posibilidades de una integración política y económica. (Godoy, 1989, p.13). Sin embargo, no se ha hecho una realidad palmaria, al observar el escaso nivel alcanzado a pesar de los numerosos vínculos que unen a los países latinoamericanos.

Un obstáculo importante se encuentra en circunstancias particulares que han influenciado negativamente la visión escindida de nuestras raíces. Ante todo, la población conquistadora ejerciendo la negación del pueblo indígena como la denigración de la población negra (Vieira, 2008, p.36-37). Es por este motivo, que una de las tareas tal vez más importantes para definir la identidad de Iberoamérica, y con ello la conciencia de los lazos comunes y la necesidad de su integración cultural, consiste en asumir plenamente nuestra historia con sus luces y sombras (Godoy, 1989, p.16). Es en este legado, agrega el autor, donde se manifiesta la lengua, las tradiciones, los estilos de vida y las expresiones de la literatura, las artes y el folklore.

Claro está que imaginar la integración cultural como una fusión o asimilación en un todo unificador, sería hacer caso omiso de los distintos matices que caracterizan a cada uno de nuestros países. Al abordar la problemática latinoamericana desde el punto de vista cultural surge, desde el comienzo, la evidencia de que nuestro subcontinente es a la vez, uno y múltiple (Recondo, 1989, p.39). Esta multiplicidad no invalida la conciencia histórica de una identidad compartida porque, como bien sostiene Zapata-Barrero (2004), resulta imposible hablar de identidad colectiva sin referirse a su dimensión relacional (Zapata-Barrero, 2004). Por el contrario, ayuda a integrar la obra conjunta, el todo, como la expresión de un vasto mosaico en el que cada uno de sus componentes tiene presencia propia (Recondo, 1989, p.37).

No cabe duda que América Latina reúne elementos de prácticamente cada período de la historia. Cada etapa de la historia de la civilización se encuentra aquí: tribus aborígenes, grupos viviendo en condiciones similares a las que debieron existir antes de la llegada de los conquistadores españoles, poblaciones feudales viviendo en grandes dominios agrícolas y, finalmente, complejos urbanos modernos ligados al proceso contemporáneo de industrialización. Además, es la región que presenta las mayores desigualdades, de acuerdo con indicadores sociales estándares como el Coeficiente de Gini. En efecto, la realidad es compleja, plural y múltiple (Parisi, 2005, p. 189-199).

En el presente, la integración cultural se debiera observar desde la riqueza misma que este concepto engloba, porque no sólo hace referencia a la identidad compartida sino que reconoce diversidades como parte del potencial de la cooperación e integración en sus distintas vertientes. A diferencia de la integración política o económica, la integración cultural tiene metas más amplias pero también objetivos más difusos, porque persigue la generalización de una conciencia común de origen y destino en todas las capas de la población (Godoy, 1989, p.13). Por ello, debe tener un sentido finalista que reafirme la autonomía espiritual de nuestros pueblos (Recondo, 1989, p.50).

La noción de integración cultural que estamos discutiendo, acepta la coexistencia de diferencias políticas y económicas, puesto que cada uno de los países de la región ha desarrollado una fisonomía particular, dentro de rasgos comunes. La idea no es borrar estas diferencias nacionales, tarea que por lo demás sería imposible e indeseable, sino de superar el aislamiento cultural de los países del área, intensificando la comunicación y la cooperación entre ellos (Godoy, 1989, p.13). En otras palabras, lograr una integración gradual, sin renunciar a las idiosincrasias, a las particularidades y a los respectivos valores nacionales. Es decir, preservando las características originales de las instituciones propias de cada cultura nacional en una integración trascendente que reúna rostros distintos y voces originales (Recondo, 1989, p.40).

Queda claro, entonces, que el proyecto integrador se debe basar tanto en las similitudes como en el pluralismo o diversidad, ya que la unidad cultural integradora será consecuencia de la aceptación y valorización de los matices culturales que nos asemejan y diferencian. Si bien numerosos pensadores, historiadores, sociólogos y políticos han procurado desentrañar la realidad cultural latinoamericana a partir de la existencia de sus componentes característicos, por fortuna los países que integran América Latina hoy tienen una mayor conciencia recíproca tanto de su pasado como de un destino común, así como de sus profundas diferencias.

### El nuevo valor del conocimiento

Actualmente, el aspecto cultural de la integración juega un papel de relevancia creciente en América Latina, ya que la idea de que juntos podemos avanzar más rápido en el desarrollo nos permite potenciar la importancia del conocimiento así como observar la necesidad de generar una mayor cantidad de actividades educativas y de intercambio académico que reafirmen el proceso de integración. Es evidente que comprender nuestras semejanzas y particularidades culturales, así como una educación que resalte los valores comunes y destinos compartidos, es fundamental dado que una de las características de la sociedad contemporánea es el papel central del conocimiento (Casas, 2005). Es más, algunos autores incluso destacan su importancia en la construcción social de la realidad, formulando que el conocimiento de la vida cotidiana es la realidad por excelencia (Berger y Luckmann, 1991).

Este rol protagónico del conocimiento en el mundo actual se presenta en un contexto de transformaciones donde todos los aspectos de la vida social están siendo trastocados (Ferry, 1991, p.18). Entre estos cambios quizás el que se está imponiendo con mayor fuerza tiene que ver con su valor económico, dado que la competitividad hoy depende cada vez más del conocimiento (Naisbitt y Aburdene, 1990). Esta realidad ha llevado a que en las nuevas estrategias de desarrollo a nivel regional, el conocimiento y la educación hoy se constituyan en un eje fundamental. Es más, los programas de integración económica progresivamente están sentando las bases para una integración educativa, aspecto de enorme relevancia si consideramos que un obstáculo fundamental que existe en América Latina consiste en la baja calidad de su capital humano (Grunwald, 1992).

Resulta de interés señalar que Latinoamérica, a diferencia de lo que ha ocurrido en otras regiones del mundo, ha elaborado proyectos de integración educacional regional desde hace más de un siglo. En 1856, la propuesta presentada por Francisco Bilbao, político liberal chileno, para crear la Universidad Americana constituye un claro ejemplo. Aunque, esta universidad concebida de acuerdo a los ideales bolivarianos, no llegó a concretarse (Yarzabal, 1992), hubo otras ideas interesantes de integración universitaria durante las primeras décadas del presente siglo, aunque de modo semejante no tuvieron éxito.

Ahora bien, a pesar de este antiguo ideal de integración regional en materia de educación, en la práctica el acceso al conocimiento usualmente se hace a partir de la relación de unas pocas instituciones académicas con los centros de excelencia de los países avanzados, y tienen menor importancia las relaciones de integración entre los países de una misma región, subregión o país (Altbach, 1989). Sin embargo, se está avanzando para que cada vez sean más frecuentes los convenios educativos entre las distintas entidades académicas que hay en la región y para reforzar los lazos educativos existentes. En este contexto, ha surgido también una clara conciencia de la necesidad de afirmar una identidad cultural, estimulada por algunos centros de estudio e investigación universitarios, que han logrado promover y orientar la capacidad creadora hacia el encuentro de los valores propios de la cultura nacional (Herrera, 1983, p.19).

Es oportuno, recordar algunos convenios que han intentado dar pasos concretos para avanzar en el área educativa a nivel regional. Quizás el más relevante siga siendo el Convenio Andrés Bello, iniciativa suscrita en 1970 por los Ministros de Educación de Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela en aras de desarrollar la integración educativa, científica, tecnológica y cultural de la región andina (Ramírez, 2003, p.181-190). Posteriormente, se sumó Panamá en 1980; España en 1982; Cuba en 1998; y Paraguay en el año 2001. Si bien fue derogado en 1990 con la suscripción de un nuevo acuerdo, según la resolución N° 05/90, este nuevo tratado fue firmado con el firme propósito de adecuar los esfuerzos integracionistas del Convenio al contexto mundial (Henríquez, 2000, p. 63-67).

Es en este sentido que consideramos pertinente destacar el trabajo que realiza la instancia de intercambio académico que existe entre la Academia Diplomática Andrés Bello de Chile y el Instituto del Servicio Exterior de la Nación en Argentina, ya que como diplomáticos resulta trascendental mirar nuestro entorno desarrollando al máximo nuestra capacidad de adquirir conocimientos teóricos así como aprender de nuestros vecinos a través de la experiencia y el contacto no sólo académico sino cultural. Es desde esta reflexión que nos planteamos como una tarea necesaria en nuestro ejercicio, el poner énfasis en el proceso de observar, describir, comprender e interpretar, para intentar desempeñar nuestro actuar profesional desde los significados que los individuos le dan a su experiencia, desde su verdad, a partir del conocimiento de su realidad social, entregándole a ésta el valor que se merece.

Estimamos que si logramos este cometido, podremos hablar de la cultura como instrumento para el cambio, no sólo como instrumento para el placer y el ocio, sino como un polo de desarrollo a través de la educación. De esta manera es importante que se adopte un papel activo en la gestión de los recursos que constituyen nuestro patrimonio no sólo en el fomento de la formación artística o la difusión de los bienes culturales, sino facilitando las actividades que promuevan el intercambio cultural y catapulten un verdadero proceso de integración. Se trata de estimular la formación social como herramienta productiva para el aprendizaje de nuevas perspectivas que incluyan, entre otros, valores de participación y solidaridad (Sosnowski, 1999, p.5), los cuales promoverán a su vez el diálogo y una verdadera integración entre los países de la región.

Por lo tanto, no es de sorprender que el debate actual promueva la incorporación del componente cultural en los procesos de integración. Si bien no es sencillo generalizar en las causas o motivaciones de la incorporación cada vez más amplia de los temas culturales dentro de los foros regionales, parece claro que cuanto más cercanas sean las sociedades que suscriben acuerdos, mayores serán las posibilidades de éxito porque un proceso real de acercamiento debe favorecer las acciones conjuntas de los individuos, grupos e instituciones con el objeto de que la integración dé una respuesta integral a las inquietudes de las personas en aras del bienestar de los pueblos.

Es posible concluir que si bien los elementos económico y político son de gran importancia, no es posible considerarlos como variables aisladas, ya que creemos necesario el surgimiento de un sentido de identidad que emane desde la sociedad. Es decir, desde el ciudadano común hasta las cúpulas de poder para que las nuevas estructuras que se vayan creando ofrezcan una respuesta integral a las inquietudes de las personas, permitiendo así un verdadero conocimiento mutuo que permita la anhelada integración de nuestros países. No sólo para lograr el éxito de las políticas de desarrollo económico, científico o tecnológico, sino más bien para permitir que sus verdaderos protagonistas compartan un pasado, presente y futuro que permita una reflexión endógena acerca de nosotros mismos. ■

## REFERENCIAS

- Alegrett, S. (1990). *Nuevas formas de concertación regional en América Latina*. En Nuevas formas de concertación regional en América Latina, Tomassini, L. (compilador). Buenos Aires, Argentina: Grupo Editorial Latinoamericano.
- Altbach, P. (1989). *Higher Education and Scientific Development of Newly Industrializing Countries*. Stanford, EE.UU: Center for Educational Research at Stanford.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Argentina: *Amorrotu*.
- Brunner, J. (2005). *Chile: ecología social del cambio cultural*. En Consumo cultural en Chile. Miradas y perspectivas, C. Catalán y P. Torche (Eds.), Santiago, Chile: INE-Consejo Nacional de la Cultura.
- Campo, A. (1998). Gerencia ambiental e integración subregional. *Revista del Convenio Andrés Bello*, 22, N° 58.
- Casas, M. (2005). Nueva universidad ante la sociedad del conocimiento. *Revista de Universidad y Sociedad del Conocimiento*, Vol.2, N°2, Noviembre. UNESCO-UOC: ISSN 1698-580X.
- CEPAL, (1994). *El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe*. En La integración económica al servicio de la transformación productiva con equidad. Santiago, Chile: CEPAL.
- Dahse, F. (1991). Las identidades culturales: algunas aclaraciones conceptuales. *Revista de Estudios Sociales*, Trimestre 3, N°69.
- Devés, E. (2000). *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.
- Eagleton, T. (2001). *La idea de cultura*. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Ferry, J. (1991). *Les puissances de l'expérience: Essai sur l'identité contemporaine*. París, Francia: Les éditions du Cerf.
- Getino, O. (1997). *Las industrias culturales y el MERCOSUR*. En La dimensión cultural de la integración, G. Recondo (Eds.). Buenos Aires, Argentina: Ciccus.
- Godoy, H. (1989). La integración cultural de América Latina. *Integración Latinoamericana*, 14, N°149-150.
- Grunwald, J. (1992). ¿Integración económica hemisférica? *Integración Latinoamericana*, 17, N°181-182.
- Henríquez, P. (2000). Discurso inaugural de la XX Reunión de Ministros de Educación del Convenio Andrés Bello. *Revista Tablero*, 24, N°64.
- Hernández, J. (2004). Cultura y globalización. *Revista Occidente*, N° 384.
- Herrera, F. (1983). Aspectos culturales de la integración latinoamericana. *Integración Latinoamericana*, 8, N°79.
- Lombano, M. (2000). *Dimensión cultural del regionalismo en América Latina y el Caribe*. En América Latina en tiempo de globalización II: cultura y transformaciones sociales, D. Mato, X. Agudo e I. García (Eds.), Caracas, Venezuela: UNESCO-Universidad Central de Venezuela.
- Naisbitt, J. y Aburdene, P. (1990). *Megatendencias 2000*. Bogotá, Colombia: Editorial Nonna.
- París, A. (2005). *Diferencia*. En Pensamiento crítico latinoamericano, Ricardo Salas Astraín (Coordinador Académico). Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.
- Radl, A. (2000). La dimensión cultural, base para el desarrollo de América Latina y el Caribe: desde la solidaridad hacia la integración. *Integración Latinoamericana, Documento de divulgación 6*. Buenos Aires, Argentina: INTAL DD-06.
- Ramírez, J. (2003). El Convenio Andrés Bello: reseña histórica de un organismo de integración cultural, científica y educativa en el área andina. *Cuadernos del Cendes*, Vol.20, N°54. Caracas, Venezuela: ISSN 1012-2508.
- Recondo, G. (1989). La integración cultural latinoamericana: entre el mito y la utopía. *Integración Latinoamericana*, 14, N° 149-150.
- Recondo, G. (1997), compilador. *Mercosur: la dimensión cultural de la integración*. Buenos Aires, Argentina: Ciccus.
- Sosnowski, S. (1999). *Apuestas culturales al desarrollo integral de América Latina*. Trabajo presentado al Foro Desarrollo y Cultura, BID-UNESCO, París, 11 y 12 de marzo.
- Vieira, E. (2008). *La formación de espacios regionales en la integración de América Latina*. Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana-Convenio Andrés Bello.
- Warren, K. (2002). *Culture and identity*. Nueva York, Estados Unidos: Palgrave.
- Yarzabal, L. (1992). *Escenarios regionales y subregionales para la Universidad Latinoamericana en el Proceso de Integración Regional*. En Modernización e integración. Serie Nuevos Roles de la Educación Superior. Caracas, Venezuela: CRESALC-UNESCO.
- Zapata-Barrero, R. (2004). *Multiculturalidad e inmigración*. Madrid, España: Editorial Síntesis.